

Porque todos los mas de aquella era,
Segun manifestaba su presencia,
Eran, demás de ser gente guerrera,
Hombrazos de valor y de prudencia,
Y que sabian do menester era
Vivir con vigilancia y advertencia,
No queriendo por bajas aficiones
Cobrar con indios malas opiniones.

Pues la visita por las damas hecha
Que para trompezar iban a pique,
Túvose por certísima sospecha
Hacerse por industria del cacique;
Pero ninguna cosa le aprovecha
Por no la ver de que se certifique:
Mas sin que de Cipacua me müeva,
Añadiremos una cosa nueva.

Y es decir Juan de Cuevas, que primero
Que con Cipacua fuesen los conciertos,
Hubo con Tubará recuento fiero
A la subida de sus altos puertos;
Murió don Juan de Vega Caballero
Después que por él fueron muchos muertos,
Y allí también de palidos metales
Ovieron crecidísimos caudales.

Y captivo quedó Morotoava,
Y otro cacique, Hare, su sobrino;
Hallaron templo donde se adoraba
Con gran veneracion un puerco espino,
Que por romana vieron que pesaba
Cinco arrobas y media de oro fino,
El cual puerco hallaron en Cipacua,
Y otro templo también en Cornapacua.

En el cual (estos hombres insensatos)
Eran por dioses suyos adorados
Con grandes ceremonias ocho patos
Que pesaron cuarenta mil dudados,
Donde tuvieron bien para zapatos
Este gobernador y sus soldados;
Así que de Cipacua y sus recodos
Salieron bien aprovechados todos.

Tuvieron pues allí la noche fria
No sin fuerza de guarda vigilante;
Y al tiempo que llegó la luz del día
Quien regia la gente caminante
Al cacique le dijo, que queria
Pasar con sus soldados adelante,
Y que para cumplir con lo que debe
Trabajaria de volver en breve.

Y entonces como menos impedido
Oíría las contiendas y debates
Acerca del agravio recibido
De Cambayo, cacique de Mahates,
Pues habia de ser restituído
Cipacua con aumento de quilates,
Certificándose de la malicia,
Y á cada cual guardando su justicia.

Y que siempre harian asistencia
Dentro de Calamar muchos cristianos,
Por venir con poderes y licencia
Del mejor rey de todos los humanos,
A quien debían honra y obediencia
Los principes y reyes soberanos,
Y á quien daban tributo y vasallaje
Las naciones del mas alto linaje.

Y él ansimismo para que pudiese
Gozar de quietud con beneficio,
Mucho le convenia que se diese
Con los demás á su real servicio;
Pues cada y cuando que menester fuese
En él ternia defensor propicio,
Amparando sus tierras y haciendas
De cualesquier tiránicas contiendas.

Item, le dijo no ser sus concetos
Otros en ir á ver tierras estrañas,
Sino para decillas, si quietos
Quieren tener albergos y cabañas,
Se hagan tributarios y subyetros
Al poderoso rey de las Españas,
Y lo mismo le daba por consejo
A él, pues tiene tiempo y aparejo.

El indio no dejó de estar atento
A lo dicho por lengua suficiente,
Y tanteó con el entendimiento
Cuál seria menor inconveniente;
Y al cabo se resume ser contento
De darse por vasallo y obediente
De rey que tiene por vasallos reyes,
Y estar en obediencia de sus leyes.

De quel gobernador vió la respuesta
Que con su voluntad correspondia,
Dióle las gracias, hizole gran fiesta,
Y presentóle cosas que traía,
Bonete colorado con su cresta
De pluma roja con argenteria,
Camisa, zarafuelles, ciertas cuentas,
Y para sus culturas herramientas.

También á la partida se le ruega
Que todos los demás indios ablande;
Y así fué caminando sin refriga
De indio que con guerra se desmante,
Hasta tanto que con su gente llega
A beber de las aguas de río Grande,
Dejando con los buenos tractamientos
Todos aquellos bárbaros contentos.

Y por no ser molesto ni pesado
Al tiempo de pasar esta frontera,
Puesto caso que fuese convidado
Para dormir en casas de madera,
Nunca metió su gente por poblado,
Y siempre quiso ranchearse fuera;
También porque si indios maleasen
Túviesen campo do se rodeasen.

Pacificando pues estas naciones
Prosigue sin azar aquella via,
Hasta dar en las grandes poblaciones
De la tierra que llaman hoy Maria:
Allí pararon nuestros escuadrones,
Y fué concierto de la compañía
Volverse por rodeos y desvios
A Zamba do dejaron los navios.

Donde con gran contento y alegría
Se cumplió su deseo y esperanza
De vellos en el puerto, pues habia
Sido de cuatro meses la tardanza,
Y con aquel temor que se tenia
Estaban ya para hacer mudanza:
Al fin á Calamar los encamina,
Y él fué con los demás por la marina.

Adonde todos juntos, se hicieron
Fiestas y juegos de mayor substancia,
Y es porque del rescate que trajeron,
Habido por aquella circunstancia,
Pagado real quinto, les cupieron
A mas de seis mil pesos de ganancia,
Con que compraban fanfarrona seda,
Como bullían ya con la moneda.

Fueron luego por partes diferentes
Algunos capitanes y soldados,
Para pacificar las otras gentes
Cuyos pueblos no fueron visitados;
Vinieron los mas dellos obedientes
Siendo con santa paz amonestados,
Y los rescates de oro por momentos
Iban en caudalosos erecimientos.

Al fin que como no vuelven vacíos,
Y en rescatar se daban buena maña,
Crece la poblacion de los buhios;
Dábales materiales la montaña.
Llegaron pues al puerto dos navios
Que del Nombre de Dios iban á España;
Holgáronse de ver aquel arena
Con renombre de nueva Cartagena.

Saltan en tierra no sin gran contento
De ver escala para su viaje;
Hizoseles muy buen acogimiento;
Hallaron pasajeros hospedaje;
Dióles Pedro de Heredia bastimento
Por venir faltos de matalotaje,
Y al tiempo del partirse les suplica
Digan do quiera ser la tierra rica.

Y que podian afirmar por cierto
Ser demás de lo dicho tierra sana,
Con apacible y escelente puerto
Para contractacion cotuodiana,
Y para mas prosperidad abierto
Camino, por estar su gente llana,
La cual como les era ya propicia
Daban de mas adentro gran noticia.

No dijeron á sordos las razones,
Pues do quiera que cada cual surgia,
Allí solemnizaba con pregones
La gran riqueza que se descubria
En aquellas provincias y regiones,
Demás de la que ya se poseia,
Y que los naturales antes bravos
Servian ya mejor que los esclavos.

Luego la fama como suele vuela
Entre guerreros y entre contractantes:
Alistan el espada, la rodela,
Limpián las armas olvidadas antes;
Cual carga nao, cual la carabela,
De caballos y cosas importantes,
Como de sedas, granas, perpiñanes,
Finisimas holandas y rüanes.

Fué luego la ciudad de Cartagena
Frecuentada de barcos y navios,
Y en breve tiempo la ribera llena
De ricos y costosos atavios,
Que vienen á buscar dorada vena
Y á conquistar no vistos señorios;
Los españoles van en crecimiento
Y las contractaciones en aumento.

Con las cuales engruesa su hacienda
El mercader sagaz á quien le toca;
Veréis vacias una y otra tienda
En breves dias y en distancia poca;
La tasa de los precios y la rienda
Era por la postura de su boca,
Y en aquel tiempo que se representa
Iban juntas la paga con la venta.

También á vueltas de los mercaderes
Llegaron en aquellas coyunturas
Los molestos melindres de mujeres
En seguimiento de sus aventuras;
Unas dellas con sueltos pareceres,
Y otras con maritales ligaduras,
Cuyas fantásticas ostentaciones
Se confirmaban con postizos dones.

Jactándose de noble parentela,
Tal que ninguna padecia mancha,
Arrastra cada cual sérica tela,
No cabe por la calle que es mas ancha;
Una se puso doña Berenguela,
Otra hizo llamarse doña Sancha:
De manera que de genealogia
Esa tomaba mas que mas podia.

Salen á luz vestidos recamados,
Con admirables frescos guarnecidos;
Relumbran costosísimos tocados
Que de rayos del sol eran heridos;
Otras sacan cabellos encrespados
Y en redecillas de oro recogidos;
Y así con vestiduras escelentes
Llevan trás sí los ojos de las gentes.

No dejan los plateros á la balda,
Pues los ocupan en labralles oro;
Engástase la perla y esmeralda,
Y otras piedras anejas á tesoro;
Tiene ya cada cual paje de falda,
Por mas autoridad y mas decoro;
Adórnase los dedos con anillos;
Penden las arracadas y sarcillos.

Del galán á la dama corre paje
Con blanda locucion y bien compuesta;
Oyese por las partes el mensaje;
Vuelve no menos grata la respuesta;
La dulce seña sirve de lenguaje
Do la palabra no se manifiesta;
Estaba todo lleno finalmente
De todos tractos y de toda gente.

Y siempre sucedian compañeros
Que llegaban de todas condiciones,
Pues que vinieron hasta melcocheros
Y gozaron de tales ocasiones,
Que volvieron cargados de dinerós
De vender sus melcochas y turrónes,
Por estar todo tan de oro hecho
Que nadie daba paso sin provecho.

Viendo pues la ciudad bien pertrechada
Quien de la gobernar tenia cargo,
Y como para ser perpetuada
No le podian ya poner embargo,
Determinó hacer una jornada
Cuyos caminos fuesen á lo largo
Acia la mar del Sur, cuya riqueza
Se publicaba ser de gran grandeza.

Año de treinta y cuatro por enero
Iba corriendo, cuando hizo lista
Del práctico peon y caballero
Para continuar esta conquista;
Examináronse por él primero
Con la conversacion y con la vista;
Y así por acudir á sus intentos
De todos escogió hasta ducientos.

Varones de quien él hacia cuenta
Ser tales al rigor mas importuno,
Y que metidos en cualquier afrenta
Podria recelarse de ninguno:
Seria de caballo los cincuenta
Con dos y tres caballos cada uno,
Con todos los pertrechos y la carga
Que se requieren en jornada larga.

Y también entre dos ó tres peones
Para carga llevaban un rocino,
Do cargaban aquellas provisiones
Necesarias al cauto peregrino,
Hachas, machetes, barras y azadones
Con que pudiesen allanar camino,
Y pasos que impidiesen el pasaje
Para prosecucion de su viaje.

Aderezado pues el aparato,
Hizo de los oficios nombramiento,
Los cuales de presente no relato
Por no dar al lector desabrimiento;
Y también quiero descansar un rato
Con presupuesto de volver al cuento,
De manera que sea manifiesto
Todo lo sucedido después desto.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con ducentos hombres bien aderezados, y llegó á la provincia de Cenú, y lo que mas aconteció en su pacificacion y conquista.

Muchas veces se ve por esperiencia,
Demás de lo que consta por lectura,
Que suele ser la viva diligencia
Guia para tener buena ventura;
Mas en los hombres faltos de prudencia
Aquesta también es de poca dura,
Y muchos vemos de riqueza llenos
Que procurando mas vienen á menos.

Y en parte no fué libre destas penas
La cudicia de nuestro caminante,
Pues sin la defender armas ajenas
Dieron en tierra rica y abundante;
Y con tener allí las manos llenas
Procuraron pasar mas adelante,
Y faltó poco por sus desvarios
Para que se volvieren manvacios.

Porque yendo la gente caminando,
Movida y alentada por la fama
Que de riqueza dió bárbaro bando,
En la sierra que de Abrevá se llama,
Tierra poco poblada conquistando
De la que fuera della se derrama,
Llegaron adestrados por las guías
Al Cenú las cristianas compañías.

Donde paró la gente castellana
Algunos días para su reparo,
A causa de tener larga zavana
Y no de caza su compás avaro,
Porque todo lo mas es tierra llana
Y a manchas también tiene monte claro,
Con perdices, conejos y venados,
De que se proveían los soldados.

Corriendo pues el seno comarcano
Heredia con los hombres principales,
Una ciudad hallaron en lo llano
De pocos aunque ricos naturales,
Huidos del ejército cristiano,
Con hijos y mujeres y caudales;
Y así por no hallar impedimento
Dentro della tomaron aposento.

A fin de ranchar algún alhaja
Un negro del Heredia muy ladino,
Que con favor del amo se aventaja
A visitar las casas del vecino,
Una mucura vió como tinaja
Cubierta con chaguala de oro fino,
La cual á su señor puso en las manos
Y pesó cuatrocientos castellanos.

En este cobertor la vista ceba,
Con el cual se recrea y alcohola;
Y para dalles esta buena nueva
Luego mandó llamar gente española,
Diciendo: «Tierra que esta fruta lleva
No debe de tener aquesta sola;
Antes nos hace ciertos tal encuentro
Del bien que nos espera mas adentro.

» ¡Ea! que la fortuna nos es diestra
Y guía nuestros pasos de buen arte,
Pues no faltando diligencia vuestra
En buen puesto tenéis el estandarte;
Y si lo demás es como la muestra,
Por cien mil pesos no daré mi parte
En este solo pueblo, si es habido
Aquello que dejaron abscondido.

Acude la cristiana compañía
A ver pieza que tanto se señala;
Fué sumo su contento y alegría
Viendo tan gran grandeza de chaguala,
Demás de la fineza que tenia,
Quel oro mas subido no le iguala
De lo que mas afuera comunmente
Solía poseer la demás gente.

Luego con la hambrienta golosina
De cada casa buscan el erario;
Vuela por todas partes la rapina
Buscando los rincones del contrario;
Y en una plaza vieron al esquina
Un grande y espacioso santuario,
Tan capaz, que tenia cumplimientos
Para dar á mil hombres aposentos.

Y aun dos mil hombres no quedaron faltos
De lugares cumplidos y bastantes:
Dentro dél se pusieron en dos saltos
Esos que por allí llegaron antes:
Idolos veinte y cuatro vieron altos
Todos como grandisimos gigantes,
De madera labrada lo infestino
Y lo de fuera hoja de oro fino.

Tenia cada cual puesta tiara
O mitra de oro puro bien tallada;
De dos en dos tenían una vara
Sobre sus anchos hombros travesada,
Cuyas posturas son cara con cara
Y una hamaca del baston colgada,
En las cuales hamacas recibían
El oro que los indios ofrecían.

Era todo lo mas oro labrado
Y habia también oro derretido,
Finísimo después de quilatado,
Puesto que por encima denegrido,
Que algún tiempo debió de ser quemado
Aqueste santuario referido;
Y así los indios con aquel mal talle
Se lo dejaron sin osar tocallo.

Habia muchos árboles afuera
Pegados con el dicho santuario,
Colgados de los ramos en hilera
Campanas de oro no de talle vario,
Mas en tamaños, formas y manera,
Segun un almirez de boticario;
Y en un momento manos bien instructas
Los despojaron destas bellas fructas.

Recogidas las dichas campanillas,
Cuyo sonido daba gran consuelo,
Para ver si eran de oro las costillas
Derriban las estatuas en el suelo:
Quitan las vestiduras amarillas,
No de brocado ni de terciopelo,
Mas oro puro, hoja mal batida,
De mas valor cuanto menos polida.

Todos estos despojos congregados
Con la fidelidad que convenia,
A su rey y señor quintos pagados,
El restante del oro bien valdria
Mas de ciento y cincuenta mil ducados
Para partir entre la compañía;
Que fué para principio buen rancheo,
Mas no tal que hartase su deseo.

Pues inquiriendo guías deste suelo,
Del cual mas beneficios esperaban,
Ovieron á las manos un mozueto,
Natural del lugar adonde estaban:
Preguntó luego cudicioso celo
Por el rico metal que le mostraban,
Y el indio prometió que los pornia
Adonde suma cantidad habia.

Oyendo tales nuevas como estas,
Apercibiéronse para seguillo,
Haciéndole regalos, mimos, fiestas
Al que promete dalles amarillo;
Los piés lijeros y las manos prestas
Porque no huya por algún portillo,
El que causas gravísimas concluye,
Y tarde y mal aquel de quien él huye.

Mas no fué necesario mudar hito
Para se descubrir este misterio,
Pues en el santuario que repito
Y á la redonda por el cementerio,
Que tomaba muy grande circuíto,
Aquel que padecía captiverio
Les dijo: «Cuanto veis en esta tierra
Tesoros prosperísimos encierra.

» Porque segun antigua gente canta,
Y es opinión de todos mis mayores,
Esta que veis es toda tierra santa,
Llena de sepulturas de señores;
Encima dellas ponen una planta
Destas que veis ó grandes ó menores,
Y otras en la grandeza mas enhiestas,
Segun los tiempos en que fueron puestas.

» Así que, porque el muerto menos pene,
Aqueste lugar toma por abrigo,
O natural ó quien de lejos viene,
Y aqueste suele ser orden antiguo,
Que las presecas quel defunto tiene
Al mundo donde va lleva consigo,
Y la macana y arco y el aljaba
Con que cuando vivia peleaba.

» Y aquellos que tenia por captivos,
Aceptos á sus ojos y presencia,
Ansimismo con él entierran vivos
En señal de dominio y obediencia,
Sepultando también en los archivos
Las concubinas de mayor decencia,
A fin de que lo sirvan y regalen,
Y allá valgan con él lo que acá valen.

» La cueva que le hacen es cuadrada,
Y aquella tierra que sacaron fuera
Es luego del sepulcro desviada
Sin la volver al hoyo de donde era;
Y llénanlo de tierra colorada
Que cogen de la haz de una ladera;
Y en el sepulcro ponen pan y vino
Para matalotaje del camino.

» En un duho lo ponen asentado,
Que muchos dellos suelen ser de oro;
Ansimismo pendiente del un lado
La mochila de hayo y el poporo;
De todos sus sirvientes rodeado,
Acompañados ya de mortal lloro;
Mas hace que este llanto se reprima
La mucha tierra que echan por encima.

» Y sepulturas hay piramidales,
Hechas á la manera de montones,
Que no tienen tan prósperos caudales
Por ser no de tan altas condiciones;
Estas son las que veis por las señales
De mogotillos ó de farallones,
Las cuales no ternán tanta valia,
Pero ninguna dellas hay vacia.

» Pudiera daros cuenta mas menuda
De los lloros, areitos, borracheras,
Manera de llorar de la viuda,
Triste cantar de las endechaderas;
Pero basta lo dicho, pues sin duda
Son estas relaciones verdaderas;
Por tanto si buscáis prósperos dones
Anden listas las manos y azadones.

Dijo, mas no dejaron sus progresos
A causa de pensar que les engaña,
Viendo los dichos árboles tan gruesos
Y aun mas que los de mas vieja montaña;
Y haber debajo los defuntos huesos,
Todos los mas pensaban ser patraña
Eran hobos los mas y ceibas tales
Que su grandor admira á los mortales.

También á las sazones hubo gente
Que sospechaba por algún respeto
Quel gobernador maliciosamente
No mandó descubrir este secreto,
Por consultallo con algún pariente
Y volver con sus negros al efeto,
Sin testigos de gentes españolas
Y sacar las riquezas á sus solas.

Juan de Oroasco fué de los que digo,
Capitán de valor bien conocido,
El cual tenia voto de testigo
Que pudo deponer de lo que vido,
É yo lo tuve siempre por amigo
En aquesta ciudad donde resido;
Persona bien dotada de prudencia
Y á quien se puede dar toda creencia.

El cual en proxilimos ringlohes,
Antes que viese su fatal partida,
Hizo libro de peregrinaciones
Hechas en el discurso de su vida,
Y también escribió destas regiones
Alguna parte no tan estendida,
En su libro llamado *Peregrino*,
Cuanto yo podré dar deste camino.

Otros afirman quel Heredia dijo:
«Si por las sepulturas comenzamos,
Haremos menester tiempo prolijo,
Y no podremos ir adonde vamos
Sin grandes pesadumbres y cojijo
Del agua, del invierno que esperamos;
Y si algunas los indios ven abiertas
Sacarán las mejores y mas ciertas.

» Pues tienen de pensar que volveremos
Al cebo, si las vieren comenzadas;
Ansí que mejor es que las dejemos
De la suerte que están disimuladas:
Que si lo hay, aquí lo hallaremos,
Desengañándonos con las azadas;
Mas agora mi parecer se cierra
En que vamos á ver lo de la sierra.

No queriendo creer pues del salvaje
La relacion particularizada,
Determinaron de hacer viaje
A la sierra que tengo declarada:
Proveyéronse de matalotaje,
Menos de lo que pide gran jornada,
Y el oro que tenían rancheado
Quedó secretamente sepultado.

Pusieron en efecto la partida
Por grandes asperezas de caminos;
Hallan la tierra falta de comida
Por la tener alzada los vecinos;
Sobrevino gran lluvia y avenida,
Terribles y espantables torbellinos,
E ya por los poblados, ya por yermos,
Los mas de los soldados van enfermos.

Fueron con gran trabajo prosiguiendo
Sin hallar do tomar algún reposo;
Los rios sin cesar iban creciendo,
Y el curso dellos es impetuoso;
Ya la gente se va disminuyendo
A causa del invierno riguroso:
Hijo no hay que á padre dé la mano,
Ni hermano que se valga del hermano.

Y aunque mas por algún rastro procedan
Menos fin hallan á sus desventuras,
Y pocos en el campo que ya puedan
Mandar las descarnadas coyunturas;
De dos en dos y tres en tres se quedan
Muertos y sin gozar de sepulturas;
Demás desto los indios en algunos
Pasos también les eran importunos.

Viendo que todo bien se les oculta
Y que su perdicion era patente,
Entraron los mas sanos en consulta
Con el gobernador y su teniente:
Dieron su parecer, del cual resulta
Al pueblo del Cenú volver la frente,
Viendo que con trabajo tan terrible
Era no morir todos imposible.

Con los mismos trabajos escesivos,
Tanto que no podré yo numerallos,
Volvieron, aunque pocos dellos vivos,
Cuyos mantenimientos eran tallos
De bihaos que son muy dejativos,
Y con alguna carne de caballos,
O de los que de flacos se quedaban,
O que también de noche los mataban.

Es el bihao dicho, cierta planta
Que por lugares cenagosos sale,
Como plátano blanda, mas no tanta
Su grandeza que con la dél iguala;
Es su cogollo cebo de garganta
Del que no tiene con que la regale;
Comida triste, floja, desabrada,
Y mas cuando sin sal está cocida.

Tiempo fué que comi tales bocados,
Y en oillos nombrar agora temo:
Pues cuando los procuran los soldados
Es ya señal que están en el extremo;
Tallos tiernos de hobos sancochados
Alguna vez me fué manjar supremo,
Y mas si los cociamos con bledos,
Porque les dan sabor por ser acedos.

Algun tiempo también las verdolagas,
Si las habia por algún terreno,
Cuando se padecían estas plagas
Con ellas proveíamos el seno;
Y los jüeces dan muy malas pagas
A quien de mal camino hizo bueno,
Porque viniesen ellos caminando
A vino y á capones regoldando.

Esto no tiene fin si se comienza,
Y así fuera mejor dalle de mano;
Mas es sobrada ya la desvergüenza
Que tienen con el pobre baquiáno,
Sin esperar razon que los convenza,
Ni derecho ni mando soberano;
Y todo lo mejor de las conquistas
Se llevan holgazanes papelistas.

Y estos con quien usaron de halago
Y por quien encargaron su conciencia,
Esos mismos después les dan el pago
Al tiempo que les toman residencia;
Y algún día que vimos aciago
Visitador revuelto con audiencia,
Estos fueron la causa de su tema,
Y al fin, del monte sale quien lo quema.

Porque toda la gente baquiana,
Eso me da pasada que presente,
A todos sus mandatos está llana
Y los cumple leal y fielmente;
Perdicion de juez, de juez mana
Y de su coronista y escribiente;
Y tengo por notorios desatinos
Culpar en este caso los vecinos.

Puesto caso que cuantos golpes tiran
Descargan en los miserables pacientes,
Porque se diga bien, *reges delirant*,
Y pagan miserables inocentes:
Los que con claridad aquesto miran
Mejor lo notarán que los absentes,
Que por los papelistas de mal modo
Culpan do no lo ven un reino todo.

Y con dalles antiguos la comida
Y ser amados dellos y servidos,
Ningunos hombres hay en esta vida
De los jueces mas aborrecidos;
Y no por eso dellos hay quien pida
Cosa de los agravios recibidos:
Sus Faraones son embarradores
Que solian gozar de sus favores.

De tan intolerable desafuero
A todos los jueces no condeno;
Pues aquí vimos al doctor Venero
Que de toda virtud fué vaso lleno,
El cual tractaba con amor sincero
A los descubridores deste seno,
Y como sabio, docto, circunspecto
A los antiguos tuvo gran respecto.

Duró paz y quietud en este reino
El tiempo que por él fué gobernado,
Y aquella duracion de su gobierno
Bien se puede llamar siglo dorado;
Fué primavera, vino tal invierno
Que lo cubrió tristísimo nublado:
Todas son bullarazas y contiendas
Con gran asolamiento de haciendas.

También faltan palabras con que pueda
Encarecer aquella virtud pura
Del gran varon Juan Lopez de Cepeda,
Oidor en aquella coyuntura;
Mas si dia fatal no me lo veda
Ocupará lugar en mi escritura
Meritamente, pues agora ceso
A causa de salir deste digreso.

Volviendo pues á nuestros caminantes,
Que por ríos, quebradas, cenagales,
Salieron al Cenú, no como antes,
Sino pocos y llenos de mil males,
Hallaron los sepulcros ya menguantes
De muchos que sacaron naturales;
Y segun otros dieron el tesoro
Debieron de sacar un millon de oro.

Conocieron las frescas aberturas,
No sin dolor que sus entrañas pica;
Pues segun infalibles conyecturas
Que la misma razon les certifica,
Desenvolviendo viejas sepulturas,
Ya sabrian cual era la mas rica;
Lo cual se vió después mas claramente
Por ser hechas de traza diferente.

Que los entierros que se descubrian
En forma de cuadrángulo cuadrados,
Había muchos dellos que tenían
A treinta y á cuarenta mil ducados;
Y los como montones no se vian
Con tanta suma ni tan bien labrados,
Y destos mas ó menos en el punto,
Segun las cualidades del defunto.

Desenvolviendo pues un monumento,
Como próspera muestra se hallase,
Luego hicieron un requerimiento
Al gobernador para que poblase,
Y no desamparasen el asiento
Hasta tanto que el oro se sacase;
Mas él con diferentes intenciones
Dicen que respondió tales razones:

«Señores, yo conozco ser justicia
Vuestra protestacion encarecida,
Pero locura grande, por cudicia
De oro, consumir aquí la vida;
Porque para sacar esta noticia
Necesidad tenemos de comida;
Para traella yo no sé de dónde,
Pues en cualquier lugar se nos absconde.

» Hay demás deste mas inconvenientes
Dignos de los mirar ojos atentos:
Que somos pocos, flacos y dolientes,
Y faltos de guerreros instrumentos,
Hasta de los que son pertenecientes
Para poder cavar enterramientos;
Pues como veis, por escapar la vida,
La carga principal quedó perdida.

» Tengo por mejor ir á Cartagena
Para que de salud nos reformemos,
Pues que podemos ir la bolsa llena
Con que necesidades remediamos;
Y de lo que dejais no tengais pena,
Porque con gran presteza volveremos,
Y podrá sucedernos de manera
Que hayamos lo de dentro y lo de fuera.

Este razonamiento fué bastante
Para no replicar parecer vario,
Ni fuese de su voto discrepante
Soldado que sintiese lo contrario:
Partieron pues llevando por delante
El oro que salió del santuario:
En efecto, llegaron á su puerto
Sin que quedase destos hombre muerto.

Recibióse contento y alegría
Viendo venir la gente del armada,
No sin admiracion, porque traia
La cara cada cual amortiguada,
Y la mitad de tanta compañía
De vida y de riquezas defraudada;
Mas mitigóse su dolor y lloro
Con ver aquella cantidad de oro.

El cual por los soldados se reparte,
Hecha la cuenta de lo que montaba,
Segun las condiciones y del arte
Que gente de razon acostumbraba;
De lo cual ansimismo dieron parte
A la gente de guerra que quedaba
En guarda y en custodia destos senos,
Y á iglesia y hospital ni mas ni menos.

Luego se mejoraron en los trajes,
Segun uso del tiempo los pedia,
Cadenas de oro, gorras con plumajes,
Ricas medallas con su pederria:
Andan recios los juegos y tablajes,
Medra la dama, y el que la servia
Va desmedrando siempre, porque en esta
Feria lo mas barato caro cuesta.

Durantes estas flores y esta gala
Que con razones cortas manifiesto,
Ansimismo llegó de Guatimala
El Alonso de Heredia muy bien puesto:
Por el hermano visto lo regala,
Y todos los demás hicieron esto,
Holgándose de ver los dos hermanos
Segun la condicion de los humanos.

Eran ambos á dos hombres bastantes,
Y en el valor corrian por parejo,
Pero segun que ya dijimos antes,
El Alonso de Heredia fué mas viejo,
Y el menor en las cosas importantes
Aprovechábbase de su consejo:
Y así la paz y guerra se hacia
Del modo que el Alonso disponia.

Pedro de Heredia con la noble gente
Celebraron con fiestas estas vistas,
Y concluidas generosamente
Hicieron para guerra nuevas listas,
Al Alonso nombrando por teniente
Y general de todas las conquistas;
Y por esta razon que voy tractando
Escluido quedó César deste mando.

El cual, segun mostró por las señales,
Disgusto no tomó del nombramiento,
Mas sus apasionados y parciales
Recibieron algun desabrimiento,
Y como suelen en las cosas tales,
Quedaron con aquel remordimiento:
Mas en César jamás se vió centella
De secreta ni pública querella.

En este tiempo, para mas decoro
De lo por conquistar y conquistado,
De iglesia catedral se erigió coro,
Siendo de la diócesis y obispado
Primer obispo fray Tomás de Toro,
Varon no menos santo que letrado,
De la orden de los predicadores
Y digno de los mas altos honores.

De los eclesiásticos primeros
Fué deán desta catedral escuela
Un don Hierónimo de Ballesteros,
Y obispo fué después de Venezuela:
En buena vida no de los postreros,
En condicion de noble parentela;
Primer arcediano dan mis cantos
A don Francisco Diaz de los Santos.

Don Francisco Fernandez lo es hoy dia,
Y deán es también don Juan Fernandez:
Sabia, limpia y honesta clerecia,
Con ornamento de virtudes grandes,
Tanto que no podrias, pluma mia,
Decillos, aunque mucho te desmandes;
Es primer chantre don Anton Verdugo,
Cuya bondad á mi siempre me plugo.

El Alonso de Heredia pues usando
De los poderes largos que tenia,
Llegó de los subjectos á su mando
Lucida y estremada compañía:
Suenan los atambores y echan bando,
Manifestando cuándo se partia
A tierras del Cenú, pero constante
En procurar pasar mas adelante.

Doscientos y diez fueron los soldados,
En trabajosas guerras ya curtidos,
De cosas necesarias pertrechados,
De caballos y armas proveidos,
De grandes esperanzas alentados
Y por noticias ricas conmovidos;
Y César ansimismo se presenta
De quien el general hizo gran cuenta.

Al tiempo ya que resplandor febeo
Quería visitar el sexto sino,
Apartándose del leon nemeo,
Y Pedro y Diego y Juan vieron divino
Fulgur en el inmenso Nazareo,
Se pusieron á punto y en camino
Año de tres quinientos con mas treinta
Y cuatro, segun da cristiana cuenta.

Como sabian muchos desta gente
Guiar mas á provecho la carrera,
Llegaron al Cenú mas brevemente
De lo que se llegó la vez primera;
Ivernaron en parte conviniente,
Y esperaron allí la primavera,
Y en tanto César fué con gente diestra
A tierras de Tulú, por ver su muestra.

Hallaron indios con los arcos tesos,
Pero prevaleció cristiano Marte;
Y de caciques que tomaron presos,
Segun el uso de militar arte,
Recogerian como diez mil pesos,
En que tenían todos ellos parte;
Y de cualquiera cosa mala ó buena
Iban mensajes para Cartagena.

Súpose pues del oro rancheado
Por el gobernador con otros cuentos;
Y el contador Durán habia llegado
De los reinos de España con doscientos
Soldados que traia por mandado
Del rey, para seguir descubrimientos;
Y para flete destos pasajeros
Hallóse por entonces sin dineros.

Y para que sin largas dilaciones
Volviessen los navios aviados,
Determinó con sanas intenciones
De pedir los dineros emprastados;
Digo los que en Tulú y en sus rincones
Habian rancheado los soldados,
Diciendo que en habiendo mas provechos
Serian en sus partes satisfechos.

Envió luego cartas al hermano
Para que lo que digo concluyese,
El cual con gran hervor tomó la mano
A fin de que su mando se cumpliese;
Mas á ninguno dellos halló llano,
Como tocaron en el interesse,
Y quien mas descubrió voluntad mala
Fué César y también Lopez de Ayala.

Vinieron de razones en razones
A decirse palabras desiguales,
No sin alteracion de corazones;
Y el general, por evitar más males,
Hizo poner en ásperas prisiones
Estos dos por cabezas principales,
Y aun fueron los enojos de tal suerte
Que los queria condenar á muerte.

Pero como terciase gente buena,
Pudieron mitigar el accidente,
Y no tanto que no les diese pena
Vellos hablar desvergonzadamente;
Y así no les quitaron la cadena
Ni grillos que tenían de presente,
Adonde padecieron muchos dias
Sin que bastaran ruegos ni porfias.

Y las necesidades que tenia
Pedro de Heredia, su menor hermano,
Pídolas remediar por otra via
Por tener el remedio muy á mano,
Porque sacaban oro cada dia
En aquel cementerio comarcano:
Unos dellos buscaban alimentos
Y otros cavaban los enterramientos.

Era la hambre que se padecia
En aquella sazón en sumo grado,
Y de los sacadores tal habia,
Que sin regatear en el mercado
Diera cuanto dinero le cabia
Por cuatro puños de maíz tostado:
Tanta necesidad los desbarata,
Que reniegan del oro y de la plata.

Pero con todo esto trabajaban,
So pena de prisiones ó de azotes;
Y entonces los sepulcros que sacaban
Eran los que llamaban de mogotes;
Mas estos abusados no mostraban
Tener en sí tan caudalosos dotes
Como los que tenían las gargantas
Debajo de las muy crecidas plantas.

De las cuales quizá la menor era
Tan gruesa como tres novillos juntos
Y las alturas dellas de manera
Que subian de los comunes puntos;
Por lo cual no fué cosa credera
Haber debajo huesos de difuntos,
Hasta tanto que con mayor ayuda
Salieron todos ellos desta duda.

Estas eran cuadradas sepulturas,
Y tenían riquísimos caudales,
Tanto que nos afirman escrituras
Que pesaban el oro por quintales;
Piezas de diversísimas figuras
Y de todas maneras de animales,
Acuáticos, terrestres, aves, hasta
Los mas menudos y de baja casta.

Dardos con cercos de oro rodeados,
Con hierros de oro grandes y menores
Y en hojas de oro todos aferrados;
Ansimismo muy grandes atambores
Y cascabeles finos enlazados,
Segun los de pretales y mayores,
Flautas, diversidades de vasijas,
Moscas, arañas y otras sabandijas

Entonces no creían haber cueva
Debajo, como tengo referido ;
Por las de mogotillos hacen prueba ,
Y gran monton de oro recogido ,
A Cartagena se llevó la nueva
A los que con Durán habían venido ;
Y así con capitán y buen avio
Vinieron á ver este señorío.

Fueron pues de la gente mas lustrosa
Don Martín y don Juan, ambos Guzmanes,
Parientes y de casta generosa ,
Y Lorenzo y Giraldo Estopiñanes ,
Y Peralta también de Peñalosa ,
Hallándose con estos capitanes
Don Juan de Sandoval, diestro caudillo,
Hoy en Pirú vecino de Trujillo.

Viendo pues tan lustrosa compañía,
De todas cosas bien aderezada ,
El Alonso de Heredia conocia
Conveniles hacer otra jornada ,
Y llevar la derrota de su via
Al oriente del sol encaminada ,
Y á causa de la falta de comida
Abreviar lo posible la partida.

Aderezado pues lo conviniente,
En el lugar que tengo señalado
Dejó no poco número doliente
Para que de cavar tengan cuidado :
Garcí Avila de Villarey, teniente,
Juan de Villoria, contador nombrado
Para que de los quintos tenga cuenta
Y no se defraudase real renta.

Año de treinta y cinco por enero,
Conclusos pluviales movimientos ,
Salían el peon y caballero
Para continuar descubrimientos ,
Y fueron del ejército guerrero
En el número mas de cuatrocientos ,
De pertrechos acémilas cargadas
Para hacer caminos y calzadas.

Caminan á la parte del oriente
Por algunos terrenos despoblados,
Y aunque fueron por parte diferente
De los primeros mal afortunados ,
Pero hallábase campo patente
Y zavasas con copia de venados ,
Que por aquellos encumbrados cerros
Mataron con caballos y con perros.

Y aunque la tierra por do van es mala
Y no se descubria cosa buena ,
Al Francisco de César y al Ayala
Nunca quiso quitalles la cadena ;
A entrambos con collares los iguala :
Que no fué para todos poca pena ,
Hasta tanto que las necesidades
Y los ruegos les dieron libertades.

Como por relacion que vino llena
El gobernador supo la partida,
Hizo la suya desde Cartagena
Al Centú, do quedaba recogida
Gente para cavar en el arena,
Y por mas abreviar esta venida,
Por mar le pareció hacer su via
Con doscientos soldados que traia.

A los cuales se dió ninguna mano
Para poder tomar nuevos resuellos ,
Pues sacando los piés del mar insano
Apenas asentaron bien los huellos ,
Cuando los envió tras el hermano ,
Y al Alonso de Cáceres con ellos
Por capitán que los acudillase ,
Y hasta dar con él que no parase.

Siguió su rastro pues con buen avio ;
Y el general y los que con él fueron
Habían descubierto cierto rio
Que Brazo de San Jorge le pusieron,
Donde Yapel tenia señorío,
Segun decían indios que prendieron
En un pueblo do dieron de improviso,
Del qual huyó quien pudo dar aviso.

Luego Yapel que la razon percibe,
Por se vengar del campo peregrino
Armas y muchas gentes apercibe
Para les estorbar aquel camino ,
Sin recelar poder que lo derribe ;
Y fué furor que menos le convino ,
Pues aquel belicoso movimiento
Salió contrario de su pensamiento.

Salieron en venganza de sus tuertos
Bien dos mil indios por carrera llana ,
Y vieron que los toros eran ciertos
Reconociendo gente castellana :
Abátense y estaban encubiertos
Con yerbas que tenia la zavana ,
La cual es por allí de tal altura
Que podria servir de cobertura.

Prosiguiendo los nuestros sus viajes
Y sin este recelo caminando,
Cerca ya de llegar á los parajes
Do los indios estaban esperando ,
Los de caballo ven ciertos plumajes
Por cima de las yerbas ondeando :
El avanguardia dijo lo que via ,
Y hizo reparar la compañía.

Viendo que nuestra gente se paraba ,
Conocieron los indios ser sentidos ,
Y salen con aquella furia brava
Que suelen cuando van mas encendidos :
Sácense luego tiros del aljaba ;
El ancho campo hunden alaridos ;
Vuela por la siniestra y la derecha
Infinidad de piedra, dardo, flecha.

Nunca se vido nao mas combatida
En tiempo de rigor con tanta onda ,
Cuanto se ven con el arremetida
Los nuestros de los que hay á la redonda ;
Resuenan los crujidos y estampida
De los corvados arcos y la honda ;
Vense cercados de mortal injuria
En tanto que duró la primer furia.

Mas como campos hay acomodados
Para poder romper esta pujanza ,
Salen los de caballo bien armados ,
Olvidadas las leyes de templanza ;
Abren salvajes pechos y costados
Ensangrentando la blandiente lanza ;
La verde yerba se paraba roja
Y crece la mortífera congoja.

Viendo que los tractaban desta suerte
Y cuán siniestramente les sucede,
En silencio la grito se convierte
Huyendo cada cual por donde puede ;
Y aquel que se libraba de la muerte
Lugar no ve donde seguro quede ,
Porque muchos con estos desconciertos
Se metían entre los cuerpos muertos.

Tomaron muchos indios dellos vivos
Para que al español su carga lleve ,
Y así los que venían muy altivos
Y furiosos, en espacio breve
Se vieron en prisiones y captivos ;
Y el que no tuvo hado tan aleve ,
A Yapel ocurrió con paso tieso
A llevarle la nueva del suceso.

Los caballeros en su seguimiento
Abrevian lo posible su corrida :
En un alto divisan un asiento
De poblacion bien puesta y estendida ;
Dióles aquella vista gran contento
Por ser su gran compás tierra florida ,
Y la disposición y circunstancia
Prometia hartura y abundancia.

Porque tenían estos naturales
Las casas todas bien aderezadas ,
Con gran copia de huertas de frutales
Maravillosamente cultivadas ,
Grandisimas labranzas de yucales
Y otras raices dellos estimadas ,
Como batatas, ajos, himoconas ,
Que suelen ser regalos de personas.

Asiento limpio por cualesquier vias,
Campañas espaciosas por los lados ,
Todas sus partes rasas y sanias ,
Purísimos los aires y templados ,
Aguas delgadas, espejadas, frias ,
Rios con abundancia de pescados ,
Y la templanza dicen ser tan buena
Que frio ni calor no les dió pena.

Después que lo poblado descubrieron
Pican con mas instancia los rocinos ,
Pero por mucha priesa que se dieron
Habían ya huido los vecinos ,
Con aquellas preseas que pudieron
Y por diversas sendas y caminos ,
De manera que los desta conquista
Entraron sin que nadie los resistía.

Luego los caballeros y peones
Pensando de hallar un gran tesoro ,
Escudriñaron casas y rincones
Sin les guardar respecto ni decoro ,
Y en estas diligencias de ladrones
Recogerían seis mil pesos de oro ,
Quedando con disgustos y querella
Por se les escapar toda la pella.

Otros pueblos había por las frentes,
Como dos leguas el que mas escluso ,
Subyectos, tributarios y obedientes ,
Segun se conocía por el uso ,
A este, que por castellanas gentes
Nombre de Pueblo Grande se le puso ,
Donde Yapel, que todos los regia ,
Iviernos y veranos residia.

Había por sus campos y llanuras,
En grandor mas ó menos señaladas ,
Muchas piramidales sepulturas
Y por la mayor parte renovadas ;
Y estas por intentar otras venturas
No fueron desenvueltas ni sacadas ,
Antes tocar en ellas nadie osa ,
Por mandarse con pena rigurosa.

Esta se denunciaba con pregones ,
Y algunos murmuraban y decían
Ser debajo de malas intenciones
Aquestas penas que se les ponían ;
Mas el general daba sus razones ,
Diciéndoles que allí se las tenían ;
Pero quería que buscasen antes
Otras tierras mas ricas y abundantes.

Y que puesto quel pueblo fuese sano ,
Era raíz la principal comida ,
Sin que hallasen de maiz un grano ,
Y no les iba menos que la vida ,
Si paraban en tiempo del verano
Que para su jornada les convida ;
Y así después que allí se rehicieron
Mucho mas adelante procedieron.

Siempre acia la parte del oriente ,
Por partes de terreno despoblado ,
E ya no poco número doliente ,
Y el mas sano de todos mal parado ,
Dieron después en un pueblo sin gente
Aunque bien proveído de pescado
En barbacoas asada muchedumbre ,
Como tienen en Indias de costumbre.

Deste vientres vacíos proveyeron
Y luego con aquel pio hambriento
Buscaron por allí, mas no pudieron
Hallar otro ningún mantenimiento ;
Y aunque este se halló, los mas salieron
Tales que los batía flaco viento ,
Y con ir desta suerte, todavia
Pertinacisimos en su porfia.

Continuando pues esta conquista
Segun la voluntad que los ordena ,
Al gran rio de Cauca dieron vista
Aumentador del de la Magdalena ,
De quien he sido yo buen coronista
Y he dado relacion no poco llena ;
Y con enfermedad que los derriba
Muchas jornadas van por él arriba.

Habiendo hecho ya largo desvío ,
Y muchos españoles perecido ,
Vieron en una isla deste rio
Cierto pueblo por barrios dividido ;
Para pasar á él no ven avio ,
Por no selles el vado conocido ,
Pero buscólo gente de pelea,
Y al fin halló por dónde se vadea.

Procuran caballeros pasar luego ,
Pero los indios, viendo como vienen,
A todos sus buhíos ponen fuego
Y en las canoas meten cuanto tienen ,
Dejando sin consuelo con el fuego
Aquellos que del aire se mantienen ,
Pues no pudo hallar hombre cristiano
Cosa de que pudiesen echar mano.

En esta mas que misera tormenta,
Mucho mayor que yo la represento ,
El mas bajo y el hombre de mas cuenta
Por no morir en este detrimento
Con tallos de bihaos se sustenta :
Desventurado y misero sustento ,
Pues los flojos cogollos destas berzas
Cien mil desmayos dan en vez de fuerzas.

Todos á mas andar se consumían ,
Y eso me da mancebo que mas viejo ,
Y en el cansado cuerpo no tenían
Sino los huesos solos y el pellejo ;
Y como nada bueno descubrían
Entraron principales en consejo ,
Y la razon de todos fué resuelta
En que para la mar diesen la vuelta.

Volvieron pues la fatigada planta
Al prolijo camino que sabia ,
Mas la debilidad era ya tanta
Que muchos perecían cada dia :
El que caía nadie lo levanta ,
Y si lo procuraba no podia ,
Porque comunes eran estos males ,
Y los altos y bajos van iguales.

Los mas sanos caminan lo que pueden
Mas de la muerte que de vida ciertos ;
Pues no van de manera que no queden
De dos en dos y de tres en tres muertos ;
A pocos sepulturas se conceden ,
Y estos cuasi quedaban descubiertos ,
Aunque se lo mandaban á peones
Que venían atrás con azadones.

Mas no puede cavar la tierra dura
El que mas vigoroso parecia ,
Y aun al hacer la funeral cultura
Mas que segunda vez acontecia
Quedar muerto sobre la sepultura
El misero peon que la hacia ,
Y así quien intentó cubrir el muerto
Quedó sin sepultura y descubierto.

Muchos con el hambriento desatino ,
Demás de sabandijas que no cuento ,
Habiendo guazumas por el camino
Las tenían por principal sustento :
Sequisimo manjar, gusto malino ,
Desde el principio de su nacimiento ;
Es fruta como mora, pero dura
Y muy mas seca cuanto mas madura.

Moras dirá que son el mortal ojo ,
El orden de granillos algo raro ,
Y ha menester echallas en remojo
Quien quiere que de jugo den regalo ;
Pero cuando mas rico, su despojo
Es el que dan astillas de algun palo ,
Y el árbol que las da con todo esto
Quedaba de su fructo descompuesto ,

Por despojallo manos diligentes
Y ser cuasi que todos á cogellas ;
Pero menester ha muelas y dientes
Quien quiera digerillas y molellas ;
Bien que para comellas estas gentes
Un no sé qué de dulces tienen ellas ,
Mas el estómago de calor poca
Lanzaba las comidas por la boca.

Pero como su necesidad le mande
No llevar el Heredia pasos lentos,
Y Dios diese vigor para que ande,
Quien escapó con él de detrimentos
Llegó segunda vez al Pueblo Grande,
Menos de sus soldados los trescientos:
Los indios se pusieron en huida,
También necesitados de comida.

Los nuestros rebuscaron las horurras
De las raíces y otras chucherías,
Por aquellas labranzas y culturas
Que consumieron los pasados días;
Abrieron ansimismo sepulturas
De huesos llenas, de metal vacías,
Aumento grande de sus aflicciones
Y pena de perder las ocasiones.

Estando pues allí la compañía
Cercada de mortales descontentos,
Con Cáceres llegó la quél traía
No menos fatigados y hambrientos;
De suerte que por una y otra vía
Fué la necesidad en crecimientos,
Y así por no cumplilles el sosiego
Juntos para la mar partieron luego.

Pero para llegar á los confines
Y términos del rico santuario,
El general mandó matar rocines,
Por no poder hacerse lo contrario,
Entresacando de los mas rúines
El que les era menos necesario,
Y aqúeste fué grandísimo remedio
Para no faltar muchos de por medio.

Y al repartir las partes del caballo
En él no se hallaba cosa fea,
Sin desecharse pié, tripa, ni callo,
Ni cuero, ni juntura de manea;
Cuecen en ollas el genital tallo
Como regaladisima lamprea,
Y las unas y otras reventando
Siempre remanece menos blando.

Con estas desventuras repugnantes
A piés que parecían ir con grillos,
Entraron en las tierras circunstantes
Del Cenú, rotos, flacos y amarillos;
Mas el gobernador dos leguas antes
Salió con gente para recebillos,
Y en viéndolo la que llegó perdida
No pudo juzgar bien de su venida.

Háblanse los hermanos como hermanos,
Abrazaron amigos sus amigos,
Representádoles trabajos vanos,
Largos caminos, yerbas sin abrigos;
Del tierno sentimiento los humanos
Ojos pudieran ser allí testigos,
Y mas desque supieron claramente
Muertes y perdición de tanta gente.

Y para mas doblar el desconsuelo
El gobernador, hecho sentimiento,
Dijo, que reparar en aquel suelo
Los que venían era perdimiento,
Por no poder hallar un solo pelo
En toda la provincia de sustento;
Que pasen á Tulu, tierra sabida,
Donde tendrían cierta la comida.

Algunos hombres dellos impacientes
Respondieron con alterados pechos:
« Señor, señor, esos inconvenientes
Bien entendemos dónde van derechos:
Quiere vuestra merced y sus parientes
A sus solas gozar de los provechos,
Y al hi de puta vil que lo trabaja
Quitalle los granzones y la paja.

» Porque todos sabemos la grandeza
Y cantidad del oro que se saca,
Quépanos parte pues de la riqueza,
Ó de las sepulturas la mas flaca;
Veis nuestra desnudez, nuestra pobreza,
Cubierta con pedazos de hamaca;
Y pues llevamos los peores ratos,
Hayamos para calzas y zapatos.»

Tales razones y por esta vía
Estrellaron en medio de sus cejas;
Mas él como sagaz también sabía
Hacer á tiempos sordas las orejas;
Al fin los hizo ir donde quería,
Usando siempre de sus mañas viejas,
Con palabras de buen comedimiento
No todas veces dando cumplimento.

Lleváronlos como de los cabellos,
Sin les valer razon, queja ni ruego;
El Alonso de Heredia fué con ellos
Con intenciones de volverse luego:
Llegaron á Tulu cansados huertos
Donde pararon con algun sosiego,
Porque por sus lugares y distancia
Hallaban de maices abundancia.

Como tuviesen pues harta comida,
Algunos se hartaron de tal suerte,
Que pensando tener con ella vida
Tragaron las angustias de la muerte:
Dejando ya la gente proveida
El Alonso de Heredia se convierte
Al pueblo del Cenú lijeramente,
Y el Cáceres quedó con esta gente.

El gobernador antes con navío,
Por ahorrar por tierra de trabajo,
Subió desde la mar por aquel río
Que es en grandeza no menor que el Tajo;
Y á las cuarenta leguas de desvío
Halló con remos principal atajo,
Porque cerca del rico santuario
Se podía llevar lo necesario.

Sin que la gente que llegó perdida
Este nuevo secreto conociese,
Ni pudo, pues aun bien no fué venida
Cuando le hizo luego que partiese:
Allí tenia barca prevenida
Para cuando la tal menester fuese,
Visto que con los remos y corriente
A la mar se llegaba brevemente.

Llegado de Tulu pues el hermano,
Es de creer que como consejero
No le querría dar consejo vano
Acerca de la guarda del dinero;
En lo que fué después no pongo mano
Ni me conviene sin comer primero,
Porque me tienen ya la mesa puesta,
Y hay mucho que decir en lo que resta.

CANTO CUARTO.

Donde se trata del odio que concibió la gente que quedaba en Tulu
contra el gobernador Pedro de Heredia, por no quererlos admitir á las
sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaron
sacaba, y las demás variedades que entonces acontecieron.

El que manda soldados de conquista,
Puesto caso que sea comedido,
Como de cortadga no se desista
Ni fuere como debe bien partido,
Del mayor y menor es cosa vista
Que tiene de quedar aborrecido,
Y mas si les usurpan los provechos
Justamente debidos á sus hechos.

Y así la gente que en Tulu quedaba
Perdida del entrada, viendo esto,
No sin palabras feas blasfemaba
De su gobernador y de su gesto;
Y como ya con fuerzas se hallaba
No quisieron estar en aquel puesto,
Antes ir á buscar á Cartagena
Una comodidad que fuese buena.

A Cáceres dijeron el intento,
Al cual no pareció ser desatino,
Antes conforme con su pensamiento
De buena voluntad en ello vino;
Y aprestadas las armas y alimento
Al punto se pusieron en camino,
Rancheando los pueblos y lugares
Que confinaban por aquellos mares.

Pedro de Heredia, con la bolsa llena
De ricas piezas y de vasos finos,
Tenia siempre sospechosa pena
Que los que se partieron del mohinos
Irian contra él á Cartagena
Para se rebelar con sus vecinos;
Y así determinó de salir fuera
A fin de les tomar la delantera.

Por sí ó por no, como varon discreto
Y animosísimo sobremanera,
Teniendo por verdad su mal conceto,
Pasó con brevedad esta carrera,
Por tener ya para cualquier efeto
A punto bergantín en la ribera
Del río del tenian sus asientos
Y sacaban aquellos monumentos.

En él entró con poca compañía,
Mas no sin maña y ánimo supremo;
Llevó también el oro que tenia
De piezas cudiciosas por estremo;
E ya llegado do la mar batía
Hizo navegacion á vela y remo,
Y al puerto vino mas de veinte dias
Primero que las otras compañías.

Llegado Cáceres con sus soldados
Cerca de Calamar y su frontera,
Todos ellos quedaron admirados
De vello pasear por la ribera
Con muchos caballeros á los lados,
Gente recién venida forastera;
Uno dellos se rie y otro pasma,
Diciendo no ser él sino fantasma.

Pero llegados mas á los lugares,
Cada cual sus enojos desencierra,
Y allí tuvieron dares y tomares,
Mas para blanda paz que dura guerra;
Y él mitigó sus furias y pesares,
Y á todas sus querellas echó tierra,
El oro suyo todavia horro
Sin ofrecelles punta de socorro.

Mitigada doméstica tormenta
De lo que presumió sin estar cierto,
A los contractadores se dió cuenta
Haberse por el río descubierto
Por donde celebrasen compra y venta,
Y barcos y navios tengan puerto
Cercano de las ricas sepulturas
Por aguas mansas, llanas y seguras.

Aun no fué la razon bien entendida
Cuando, sin esperar prolijos ratos,
Partieron barcos llenos de comida
Para gozar de prósperos contratos;
Llegaron á la parte referida
Donde los precios no fueron baratos,
Pues se vendían los canarios quesos
A treinta y cinco y á cuarenta pesos.

Y con ser el viaje sin trabajos
Y la brevedad grande del camino,
Vendían un arroba de tasajos
A veinte y cinco pesos de oro fino,
Y poco menos una ristra de ajos,
Mas de cien pesos un barril de vino;
Y cuanto se llevaba de acarreto
Compraban estas gentes al respeto.

Hasta que con ganancia tan suprema
Acudían ya tantos al chillido,
Que de los precios abajó la flema
Poniéndolos en término medido;
Pero no fué la baja tan estrema
Que dejase de ser precio subido,
Pues arrojaban oro tan sin tiento
Que ganaban á mas de mil por ciento.

Viendo la mucha gente que se llega
A mejorar allí su pobre capa,
Fundóse pueblo donde se congrega,
Y el Alonso de Heredia hizo mapa
Para trazar solares en la vega
Del río que se llama Catarapa,
Hoy villa de Tulu segun parece,
La cual en este tiempo permanece.

Como los indios vieron poblaciones
De mayor duracion y mas provecho,
Vinieron á las ver con intenciones
De no perder su tierra ni derecho;
Sobre la villa dieron escuadrones,
Cosa que nunca tal habian hecho,
Y agora que venían al remedio
Tomaron aquel río de por medio.

Vinieron perlongando las riberas
A compás de sus roncós atambores,
Escuadras ordenadas por hileras
Como suelen cursados gueredores;
Solamente faltaban las banderas
Por no llegar allí los inventores;
En lo demás el escuadron camina
Segun orden de buena disciplina.

Unos dellos con picas en las manos,
Otros, dorados arcos y carcajes,
Muy gallardos los mozos y los canos,
Sobre diademas de oro sus plumajes,
Y á su modo tan puestos y galanos,
Que no se vió de traza de salvajes
Otra de mas vistosa compostura
En gala, proporciones y hechura.

Llegados pues al arenal frontero
Del lugar do la villa se hacia,
Dispararon del escuadron primero
Copia de venehosa flechería,
Y á don Martín Guzmán, un caballero,
Mataron dos caballos que tenia,
Cuyo grave pesar fué de tal peso
Que quedó sin caballos y sin seso.

Hacen los españoles armas prestas
Para tirar á la contraria banda,
Contra las flechas duras y molestas,
Y el general á grandes voces manda
No tiren arcabuces ni ballestas,
Mas antes con palabras los ablanda,
Por ver si puede por alguna vía
Traellos á la paz que pretendía.

Pero los mal sufridos andaluces,
Viendo contrarios tiros importunos,
Disparan las ballestas y arcabuces,
Con que debieron de herir algunos;
Y así huyeron todos de las cruces
Sin que parasen por allí ningunos;
Tras dellos fué con españoles ciento
Garcí Avila del Rey en seguimiento.

Siguió por las señales de sus huertos,
Con otro capitán Antonio Pérez,
Y no pararon hasta dar en ellos,
Donde prendieron hijos y mujeres;
Pero hicieron luego paz con ellos
Soltándolos con todos sus haberes,
Y desde entonces gente castellana
La tierra del Cenú tuvo muy llana.

Porque estos indios son abidalgados,
Y guardan amistad si la prometen;
Gentiles hombres, bien proporcionados,
Prudentes en las cosas que prometen;
Tienen buhios bien aderezados,
Y aquellos aposentos do se meten
Las mujeres gallardas y dispuestas,
Pulidas y en el traje mas honestas.

Andan cubiertas desde la cintura
Hasta los piés con una mantellina
Que hace razonable compostura,
De tela de algodón, delgada, fina;
Unas son blancas, otras con pintura,
Segun su voluntad les encamina;
Es gente finalmente que se pica
De ser muy estimada, por ser rica.

En aquesta sazón y coyuntura
Gobernaba Francisco Barrio-Nuevo
En Panamá, de quien en mi escriptura
Atrás hice memoria como debo;
El cual gobernador hizo cultura
En Acla reformando pueblo nuevo,
A Julián Gutiérrez dando gente
Por ser su capitán y su teniente.

Aqueste capitán era casado
Con Isabel Corral, india ladina,
Hermana de Urabá, señor nombrado
En todo lo que por allí confina,
Con fama de caudal aventajado
Mas que ningún señor de la marina,
Y por respecto della su marido
Era del Urabá favorecido.

Tractábanse de tiempo mas antiguo,
Pues siendo capitán y rescatando
Con españoles que llevó consigo
Por esta costa de quien voy tractando,
Del Urabá se hizo gran amigo,
Como persona que tenía mando
En tiempo de Pedrarias, de quien era
Caudillo y capitán en la frontera.

Este cacique con voluntad sana,
Por ser de sus parientes la mas bella,
Dióle para mujer aquella hermana,
Con el honor y gracia de doncella;
A la cual Julián hizo cristiana
Y después desto se casó con ella,
Y en el bautismo, de la ley divina
El nombre se le dió de la madrina.

El Alonso de Heredia, como vido
Por Barrio-Nuevo poblacion fundada
En el ancon y puerto conocido
A quien llamamos hoy el Eusenada,
Parecióle caer en el partido
De la gobernación al Pedro dada,
Y quel de Panamá fuera salia
Del término quel rey le concedia.

Con el desasosiego desta pena,
No pareciéndole consejo vano,
Determinó de ir á Cartagena
Para le dar avisos al hermano;
Y después de tener consulta llena
A todos pareció ser lo mas sano
Poblar en Urabá que es allí junto,
Pues tienen para ir naves á punto.

Prepáranse pertrechos y atavios;
Caballos, armas, estofado sayo,
Soldados viejos y de buenos bríos
Que no muestran flaqueza ni desmayo;
Doscientos hombres van en tres navíos
Año de treinta y cinco, mes de mayo,
En el uno valientes caballeros,
Y César de quien eran compañeros.

Estos como se viesan apartados
De Cartagena, vela levantada,
Por aquellos enojos atrasados
Determinaron dalles cantonada;
Metióse César pues con sus soldados
En Acla y en el mar del Ensenada,
Y Julián Gonzalez el teniente
Fortalecióse mas con esta gente.

El Alonso de Heredia ya testigo
De los culpados en hacer ausencia,
Llegó con los demás adonde digo
Que querían hacer su permanencia,
Y por el Urabá mal enemigo
Se le hizo terrible resistencia
Con encubiertas, saltos, emboscadas
Y flechas de veneno preparadas.

Y así murieron de la primer mano
Un capitán llamado Juan Terrero,
Alvaro de Jaen y otro su hermano,
Un Alonso Rodriguez y un Montero,
Y Diego de Artes, un italiano,
Que no las tuvo contra mal tan fiero,
Y muerte sumamente trabajosa
A causa de la yerba ponzoñosa.

Aunque el pobre zagal iba burlando
De los salvajes y de su palillo,
Mas el engaño suyo sintió cuando
Con el dolor mudado y amarillo
Traspellados los dientes y rabiando
Hacia de la boca colorido,
Como suelen hacer con violencia
Los que padecen esta pestilencia.

El general Heredia, nada falto
De aquel esfuerzo que se requeria,
Buscó ciertas llanadas en un alto
De donde mar y tierra parecia,
Y sin contradicción de mas asalto
El pueblo se fundó que pretendia.
Al cual por ser patron de la conquista
Nombró San Sebastián de Buena-Vista.

Señalan plaza, calles, pertenencias,
Al norte, sur, oriente y al ocaso,
Y danles sus medidas y decencias,
Segun daba lugar el campo raso,
Y hácese las otras diligencias
Que se suelen hacer en este caso,
Señalando lugar para castillo,
Y pusieron también horca y cuchillo.

Visto por Julián aquel asiento
Y ranchos de los nuevos pobladores,
Con don Martín Guzmán y regimiento
Vinieron con trompetas y atambores
A les hacer un gran requerimiento
A los otros modernos regidores,
Los cuales respondieron que lo oían
Y que á su tiempo les responderían.

Volvióse luego con sus bergantines
El Julián al pueblo donde estaba,
Con voces de trompetas y clarines
Y gente de quien él se confiaba,
Y después en sus puertos y confines
El uno y otro bando se velaba;
Pero ya por cordura, ya por miedo,
Entonces cada cual estuvo quedo.

Mas el Julián Gutiérrez que sabia
Quién el gobernador Heredia era,
El puerto donde está fortalecia
Con bastiones de tierra y de madera;
También hizo plantar artillería
En lo mas cómodo de la ribera,
Siempre con centinelas en un viso,
Para si viesen velas dar aviso.

Mas el un bando y el otro se refrena
Velándose muy bien con sus parciales;
Y en estos dias ocasion ordena
Venir nueve mancebos principales,
Para desembarcar en Cartagena,
De Madrid todos ellos naturales:
Diego Lujan y don Juan de Guevara,
Don Nuño, y los demás de estirpe clara.

Desembarcados do se representa,
Al gobernador vieron al momento;
Mostró que de su vista se contenta
Por ser antiguo su conocimiento;
Pero no hizo dellos tanta cuenta
Que pasase de vano cumplimiento,
Pues siendo de su patria y tal linaje
No mandó les buscasen hospedaje.

Despidense confusos, y primero
Reconoció la noble camarada
Alonso de Saavedra tesorero,
El cual los convidó con su posada,
Enemigo mortal y delantero
En mala voluntad muy arraigada
Contra Pedro de Heredia, por sus fines
Y pretensiones buenas ó ruines.

Y es de creer que por el hospedaje
Y voluntad con que los regalaba,
Que á vueltas de los gustos del potaje,
Si de Pedro de Heredia se tractaba,
Habían de hablar aquel lenguaje
En que su mismo huésped les hablaba,
Y serían los mas de la comedia
Entremeses tocantes al Heredia.

Después desto, semanas ya pasada,
Oyó el gobernador por cosa cierta,
Quitar estos hidalgos las espadas
A mozos que pasaban por su puerta,
So color de pedillas emprestadas;
Y presumiendo mal desta cubierta
Fué luego con un solo compañero
A la casa del dicho tesorero.

A fin de descubrir esto que digo
Y qué adivinaba con el dedo;
Y este hidalgo que llevó consigo
Decíase fulano de Saucedo,
Deste gobernador fiel amigo,
En cuyo pecho nunca cupo miedo;
Ambos á dos con sendas alabardas,
Y sin mas prevenciones ni mas guardas.

Aunque vestidas armas de algodones,
Sayos y zaragüelles estofados,
Y en las cabezas puestos morriones,
Las espadas ceñidas á los lados,
Y con determinadas intenciones
Entraron á buscarlos alterados,
Cuando la noche ya cerrada era:
Pero los de Madrid estaban fuera.

Al dicho tesorero solamente
Hallaron y sin otra compañía;
El cual como al Heredia vió presente
Y de la mala suerte que venia,
No sin alteraciones y accidente
Preguntó luego qué es lo que queria;
El Heredia con voz no menos presta
Estas palabras dió por su respuesta:

«¿Qué disfraces son estos? qué rebozos?
Qué cautelas? qué tractos? qué traiciones?
¿Por qué quitais espadas á los mozos
Y las meteis detrás de los rincones?
¿Estamos en el monte de Torozos?
¿Es esta casa cueva de ladrones?
Vivid bien, tesorero Saavedra,
Y si no, sobre vos caerá la piedra.»

Responde: «No hay aquí gente tirana;
El mal sale de vos y en vos se encierra.»
Y como vió respuesta tan lozana,
Heredia de paciencia se destierra,
Dándole con la dicha partesana
Un coscorron que dió con él en tierra,
Y aquesto hecho con gentil denuedo
A su casa se fué con el Saucedo.

Y aunque como sagaz reconocia
Volver los otros por el agraviado,
Con esperiencia de su valentía
El vivia de sí tan confiado,
Que no quiso llamar mas compañía
Del Saucedo, por ser fino soldado;
Y así las novedades esperando
Por la puerta se andaban paseando.

Vinieron luego los del alianza,
Y viendo de su huésped el afrenta
A su cargo tomaron la venganza
Todos con intencion sanguinolenta:
Toman cada cual dellos una lanza
Y en busca van de quien se les presenta,
Porque viendo venir el torbellino
Los dos les hacen ahorrar camino.

Habláronse palabras algo bastas,
Segun que las dictaban accidentes;
Y como todos son de buenas castas,
Con presuncion de diestros y valientes,
Diéronse como dicen de las astas
Aferrándose bien frentes con frentes,
Pues cuantos eran, sin curar de espadas,
Jugaban con las armas enastadas.

Mas cuando las median sus furoros,
Cada cual procurando su venganza,
Lanzas eran allí superiores
Por ser mayor el asta de la lanza;
No por eso los dos eran menores
En el esfuerzo y en la confianza,
Pues en la mas que vil y civil guerra
No pierden, sino van ganando tierra.

Porque el gobernador en el combate,
Con proatitud, valor y gran destreza,
Las unas y las otras les rebate,
Sin que mostrase brizna de flaqueza;
Pues del dicho Saucedo no se trate
En que tuviese punto de pereza,
Sino que con furor luciferino
Adelantaba siempre su camino.

Mas el gobernador con tal gobierno
Iba desembargando su pasaje,
Que no se vido furia del infierno
Que mostrase mas áspero coraje:
El duro bote se le hace tierno;
Cosa no halla que no desparpaje;
Y así se mete por las lanzas todas,
Como si fueran opulentas bodas.

Viendo que no les calan el ropaje,
El Lujan dijo con acerbas sañas:
«¡Oh! reniego de mi y de mi linaje!
¿Cómo tanto nos duran dos arañas?
Hago pleito solemne y homenaje
De me pelar las barbas y pestañas
Si no salimos bien con el motivo,
Y este crüel tirano queda vivo.»

«¡A él, á él, hidalgos de Castilla,
Si de vuestros honores teneis celo!»
Acude luego toda la cuadrilla,
Y con botes á pelo y á pospelo
Le hicieron doblar una rodilla,
Y con ella tocar el duro suelo;
Y con estar así hizo su mano
Lo que pudo hacer valor humano.

En aqueste durable desatino,
Con haber voces de plebeya gente,
Nunca salió soldado ni vecino,
Sino Pedro Romero su teniente;
Aqueste con la vara del rey vino
Y el buen Joan de Orozco juntamente;
Genaban ambos, y el manjar remoto
Vinieron á la grita y alboroto.

Viendo al gobernador en los conflictos
Con valor y destreza de romano,
Dicen «¡aquí del rey!» á grandes gritos,
Las espadas desnudas en la mano;
Han por bueno los nueve mudar hilos
Viendo su mal propósito ser vano,
Y con temor de no padecer muertes
En su posada se hicieron fuertes.

Prender los malhechores bien quisiera;
Pero aunque los llamó Pedro Romero,
Ningun vecino quiso salir fuera,
Antes se hizo cada cual ronco;
De quel gobernador se desespera
Con furia de leon ó tigre fiero,
Pelándose las barbas con despecho
De no poder salir con aquel hecho.

Fué milagro de Dios quedar con vidas
Los dos de tantas lanzas rodeados;
Ellos al fin quedaron sin heridas
Y dos de los contrarios lastimados,
Aunque traian cotas revestidas
Y todos nueve bien aderezados:
El gobernador pues quedó corrido
Y contra los vecinos desabrado.

Llamándolos traidores, desleales,
Y que juraba á Dios, en quien creia,
De los haber y publicar por tales;
Que pues ninguno dellos acudia,
En el crimen debían ser parciales,
Y en tan grande traicion y alevosía;
Y con este furor bravo y acedo
A su casa volvió con el Saucedo.

Quisieranle hablar antes que entrase
A fin de que templara los enojos,
Mas no sufrió que tal se le tractase
Dándole con las puertas en los ojos;
Saucedo le rogó que descansase,
Pero contrarios eran sus autojos,
Pues sin se desarmar, por su palacio
Se paseaba solo no despacio.

Y cuando ya Diana daba fines
A sus cursos en esta media esfera,
De sus negros llamó los mas insines
En el uso del arte marinera,
Y entró con ellos en los bergantines
Que solia tener en la ribera;
Y en uno dellos con su compañero
A Carex se partió, que está frontero.